

El libre-pensador y el monaguillo.

Un señor, todo un personaje al parecer, y un niño, iban de viaje en un mismo coche, y acertando á pasar por delante de un templo, el chico, sin preocuparse de los respetos humanos, se quitó la gorra é hizo la señal de la cruz.

Sonrióse el otro, y le dijo:

—¡Qué! chiquito; ¿eres monaguillo?

—Sí, señor, y me preparo para recibir la primera comunión.

—Y ¿qué te enseña el cura?

—Me enseña y explica los Misterios.

—¿Los Misterios? Explicame eso porque ya lo tengo olvidado, como con el tiempo lo olvidarás tú también.

—¡Ca, no señor! ¿Cómo quiere V. que me olvide de los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación y de la Redención?

—¿Qué es eso de la Santísima Trinidad?

—Es un solo Dios en tres personas.

—Y ¿entiendes tú eso, chiquito?—dijo sonriéndose.

—En punto á Misterios hay que tener en cuenta tres cosas; esto es, *saber, creer y comprender*. Sé y creo, pero no comprendo, puesto que los Misterios solamente pueden comprenderse en el cielo.

—Eso, chiquito son cuentos y nada más que cuentos. Yo no creo sinó lo que entiendo.

—Bien, señor; y pues que V. no cree sino lo que entiende, dígame; ¿por qué mueve el dedo cuando quiere?

—Lo mueve porque mi voluntad imprime movimiento á un nervio que corresponde al dedo.

—Pero explíqueme V. como obra su voluntad sobre el dedo.

El chico empezaba á sonreirse y miraba al personaje con curiosidad comprometedora.

—Pues, obra... obra...

El niño se violentó bastante para no reirse viendo á todo un señor en un apuro, y añadió;

—Bueno; lo entiende, pero no lo sabe explicar, ¿no es eso?

—Eso es.

—Pues entonces, dígame V.; ¿por qué cuando quiere mueve el dedo y no puede mover la oreja por más que quiera?

—Mira, chiquillo,—dijo el que sólo creía en lo que entendía;—démame en paz, porque no eres tú quien debe darme lecciones.

El chiquillo soltó el trapo viendo la sabiduría de su compañero, y